

**¿Serán los medios las cartografías de la sociedad de la información?
Periodista:
intelectual conectivo**

Carlos Delgado Flores

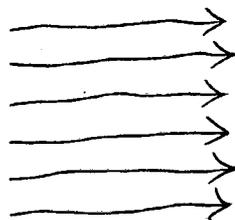
Dedicado a Sofía Imber



Hace poco menos de medio siglo, Mariano Picón Salas, al diagnosticar la labor intelectual en nuestro país, decía que aun no había nacido una clase de intelectual «conectivo» que uniera los lazos que podían extenderse entre aquellos intelectuales «islas», que muy a su manera reflexionaban sobre los destinos del hombre y la cultura, en cada una de sus esferas personales y desde los respectivos instrumentales elegidos para su trabajo teórico.

Nada hace suponer —por lo menos no, hasta ahora— que Picón Salas preveía en el futuro —nuestro presente— que el mundo (no digamos, por lo pronto, el país) avanzaba hacia un cambio cultural de magnitudes inusitadas, hacia la constitución de una «sociedad de la información», que sustituyendo de alguna manera a la sociedad postindustrial (hay quienes afirman que lejos de sustituir, el término a emplear debería ser el de revelar) y avanzando en medio de este marco de tensiones teóricas e ideológicas, demandará como nunca la aparición de esta clase de intelectual, que más que un relator de realidades u utopías, hiciera las veces de cartógrafo, proveedor de mapas de rutas en el imaginario colectivo y en las representaciones sociales, colindantes como lo son con la realidad.

Si hay alguien que por su desempeño laboral o su ubicación dentro de los esquemas de división social del trabajo, pudiera semejarse a este intelectual «conectivo», quizás no sea otro que el periodista, máxime ahora, cuando la reflexión sobre la comunicación y la cultura lo ubican en un sitio particular para el análisis de su rol, ya no tanto como decodificador y parte misma del proceso de comunicación sino como el primero en el proceso industrial de elaboración de la realidad noticiosa, que como relato social de lo que ocurre, en muchos casos es la realidad misma.

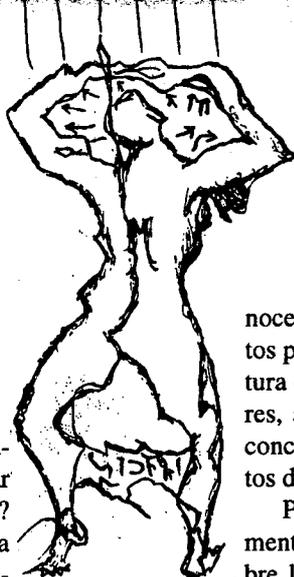


MÁS ALLÁ DE LA MERA PRETENSIÓN

¿Acaso incurrimos en una flagrante herejía académica, al afirmar que el periodista es un intelectual? Cualquier observador purista podría señalar que los periodistas no pueden ni remotamente compararse, en su labor y trayectoria, a quienes desarrollan tratados, novelas, ensayos o investigaciones sobre tal o cual aspecto de la realidad, con preferencia en los discursos mayormente legitimados por el proyecto civilizatorio de la modernidad: la historia, la ciencia, la política, la filosofía y más contemporáneamente, la antropología, la sociología, la estética, la economía, entre muchas otras áreas del conocimiento.

Pero esta es una observación de consecuencias, no de causas, que suele pasar por alto la consideración de que, desde que los periódicos surgieron como empresas —no tanto como proyectos políticos— se admitió como protocolo de uso corriente la «doctrina de la objetividad» que por supuesto afectó la propia división del trabajo en los periódicos, dejando la opinión para los «intelectuales» y la información para los «periodistas», por aquello de que a «los hechos son sagrados y la opinión es libre.»

Salvo excepciones muy localizadas, la tendencia predominante en los periódicos del mundo sigue siendo la de mantener la doctrina en función de salvaguardar los intereses de todo tipo que coinciden en los periódicos: los del editor, los de los anunciantes, los de los sindicatos (que, cosa curiosa, por lo menos en nuestro país, rara vez incluyen en las discusiones contractuales temas sobre la defensa de los derechos intelectuales de los periodistas) y los del lector. Son muchos años de ofrecer las informaciones tal y como las co-



nocemos. Son, además, muchos hitos para la construcción de una cultura de la información en los lectores, al punto de hacer reales —casi concretas— las opiniones y los relatos de las cosas que pasan.

Pero como ya dijimos anteriormente, los relatos periodísticos sobre las cosas que pasan, tienden a sustituir los hechos en la consideración del lector o espectador o radioescucha común. Forman un cuerpo de información a ser digerido —con mayor o menor eficacia por el receptor, según sea su mayor o menor competencia cultural— y a ser incorporado como visión propia del mundo, filtrada por la propia esfera de lo personal, en acuerdo con las mediaciones y representaciones de los paisajes culturales más inmediatos o más distantes, con sus consecuentes y variables grados de relatividad. Son válidos, ciertamente, verosímiles, precisamente porque la doctrina en la cual se han formado los periodistas, también ha formado a los lectores, en un convenio tácito de aceptación. Si esta convencionalidad en el proceso de comunicación-difusión no supone su conversión en un hecho real ¿qué podrá suponerlo entonces?

Y siendo así, he aquí una primera conclusión donde se homologan las tareas del periodista y el intelectual: el primero construye una realidad sobre los datos y las informaciones. Un cuerpo más o menos caótico, que el intelectual intenta refundir en su propia visión para explicarla a los hombres. Los relatos de una utopía concreta (la modernidad que conocemos, no es más que la utopía concreta de la Ilustración) son a veces, la base para las utopías personales de los intelectuales, o sirven para escauceos ideológicos, o para elaboraciones de lo fantástico en forma de relatos. *Intelectuales y periodistas trabajan con el mismo material, aunque de maneras diferentes.*

CONTINUADORES DE LA ENCICLOPEDIA

Abordemos ahora otra perspectiva para tratar el problema de los intelectuales y los periodistas. Miremos lo que parecen ser, cada uno de ellos, a la luz de este tiempo de epígono a la modernidad.

Otra versión de los periódicos, de su historia, los describe como «hijos bastardos de la Enciclopedia». Su surgimiento y el hecho de que quienes los editaran decidieran tomar posición en los bandos ideológicos enfrentados durante la Revolución Francesa e incluso en los comienzos de la Revolución Industrial, los convirtieron en proyectos políticos, a la par que económicos. Quienes escribían en sus páginas, se hallaban comprometidos en las mismas empresas, corriendo las mismas suertes. Así será por más o menos un siglo, antes de la aparición de los sindicatos en las empresas periodísticas.

¿Cuántos intelectuales han escrito en las páginas de los periódicos desde entonces? La cuenta es larga y aquí no cabe, pero huelga decir que en nuestros días se considera fundamental para el proceso de formación de los intelectuales, el escribir para el público diario, aventurándose a sugerir puntos para la reflexión y la opinión. No se parecen demasiado los intelectuales periodistas de ahora, de los del principio de la ilustración o de aquellos otros que recopilaban el saber de su época para organizarlo alfabéticamente, revisarlo a la luz de sus propias interpretaciones y publicarlo en tomos para el consumo de los hombres. Tampoco se parecen las academias ni la sociedad misma, aun cuando el sistema ideológico que la cohesionaba en términos de contrato, sigue siendo la democracia, triunfante, a dos siglos ya del comienzo de todo este proceso.

Pero los periódicos siguen siendo signatarios de los valores que se instituyeron cuando la utopía de la ilustración se concretó como proyecto civilizatorio. Siguen teniendo como valor último la verdad, la defensa de la democracia, la libertad y la tolerancia. Se plantean como interés supremo el bien común, la lucha contra las corrupciones del poder y su equilibrio mediante la divulgación de aquellos secretos que pudieran representar perjuicio para sus lectores, para lo cual se muestran siempre celosos de su independencia informativa. Y así, mucho más en su credo de la modernidad.

Huelga decir que tanto la Alemania Nazi, el fascismo italiano, el franquismo, el régimen soviético, la China comunista, Cuba o Irán, tienen también periódicos como emisoras de radio y ahora televisión. Y eso ocurre para que como excepciones de la regla democrática confirmen a su vez la de que además de proyectos económicos, los periódicos son susceptibles de convertirse en regímenes políticos, tan fácilmente como puede un académico con talento y estudios, dejar de lado la búsqueda de la verdad, para forjar en su nombre incontables «batiburrillos ideológicos».

CARTÓGRAFOS EN LA «SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN»

Pero nuestra época no es la de las oposiciones ideológicas, ni la de los proyectos utópicos que antagonicen abiertamente con la modernidad. No deja de ser una época crítica—tanto en el factor crisis como en el de la crítica—ni deja de haber feudos más o menos vinculados por los medios de comunicación social.

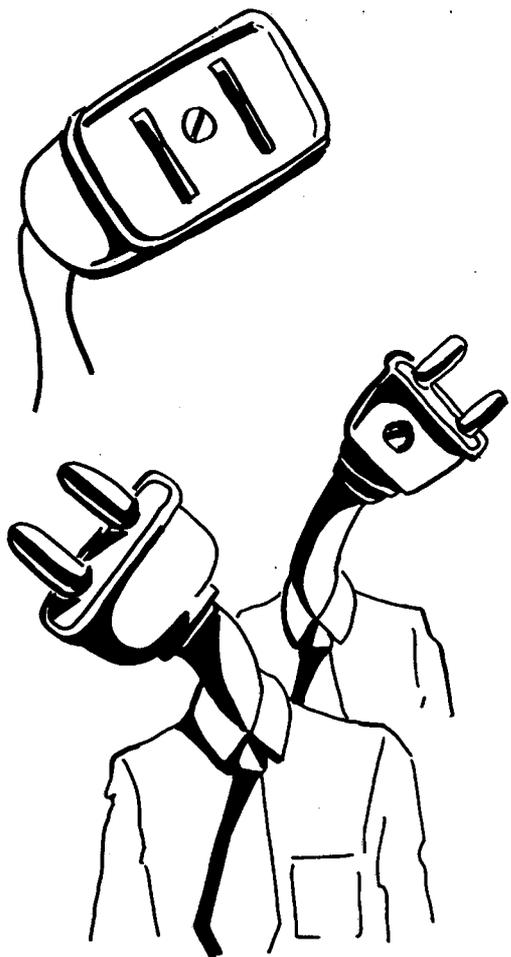
El triunfo de la idea McLuhaniana de la Aldea Global, no por el achicamiento del espacio físico del mundo, ni en lo real ni en lo virtual, sino por la prolongación concreta de los sentidos hacia los soportes tecnológicos en la constitución de «cuerpos virtuales», aunada a la sucesión de discursos en crisis, fundados—como se

sabe—en la racionalidad misma y en su poder identificativo de la realidad, significa ya de por sí una reducción del perfil ideológico del trabajo en y de los periódicos, aunque no su supresión, por lo menos, en los entornos inmediatos de los intereses de los editores.

Nunca como antes, el público tuvo acceso a tanta información, en soportes tan distintos, con una capacidad de interrelacionarse tan abierta. Nunca además, los periódicos se vieron tan amenazados en lo económico, tanto en la competencia por la información noticiosa—que ya tienen ganada los medios audiovisuales y las autopistas de la información— como en lo que concierne al papel: la caída a nivel mundial de la producción de este insumo ha hecho quebrar una alta cantidad de periódicos en todas partes del mundo y se cree que la producción se reduzca aún más, lo que agravará la situación económica de los periódicos y revistas, en lo sucesivo.

Pero también, nunca como ahora, la misión del periodista es la elaboración de los relatos de la realidad había tenido tanto valor, tan real y a la vez tan desperdiciado. Podría resumirse lo que serán las comisiones futuras del periodista en la sociedad de la información, *comparándolas con las del cartógrafo: la elaboración de cartas de navegación o de vuelo, para el viajero inexperto, que somos casi todos*. Poco sentido tendrá la labor periodística-intelectual, si esta se sigue concibiendo sólo como la de transmisión y divulgación de la información, si en las planificaciones editoriales no se acuerda que el periodista deba *interpretar* e interrelacionar las informaciones, de modo tal de poder brindar al lector o espectador un estado de situación lo más completo posible, pero como todos los mapas, a escala, respetando las convenciones internacionales.

De otra manera, el periodista bien puede quedar asociado al pasado guttemberiano, a la hora en que las WEB (redes de información) consoliden su predominio a nivel mundial,



cosa que no parece estar muy distante.

Desde luego, la cuestión sobre el futuro del periodista en la sociedad de la información, pasa por considerar la necesidad, inaplazable, de reformar la concepción académica que se tiene sobre su formación, que hasta nuestros días ha hecho hincapié en el perfil «periodístico» de la comunicación social, sin establecer claramente ni las divisiones en el trabajo ni las especializaciones correspondientes en los diversos momentos en el ejercicio de la profesión.

Será necesario formar periodistas cuyo perfil «intelectual» sea mucho más marcado, que no sólo sean capaces de buscar la información fuera de las WEB, sino también dentro de ella. Que sean capaces de establecer relaciones contextuales entre una información y muchas otras, para ofrecerle a los lectores una versión mucho más completa de lo que ocurre.

Será, —y es— imprescindible, que mientras completa su período de formación, el periodista sea interdisciplinario, es decir, que más allá del manejo de un instrumental metodológico para la búsqueda de la información, tenga dominio temático de las cosas que trata, sin convertir el hecho de su especialización en un compartimiento estanco, un feudo informativo limitado por barreras de información.

Eso de alguna manera implica nuevamente la cuestión de dónde concentrar los estudios universitarios en Comunicación: ¿en pregrado? ¿En postgrado? ¿En las propias empresas periodísticas? ¿En Facultades o en Escuelas, o como Educación Universitaria Tecnológica? No ahondaremos en este tema pues sobre él no versan estas líneas.

INTELECTUALES Y PERIODISTAS POR UN NUEVO HUMANISMO

Y finalmente, retomemos, para concluir, el tema que nos trajo origi-

nalmente, el del periodista como intelectual. Visto está que no partimos del esquema clásico de definir para inferir e interrelacionar, sino que damos por supuesta cualquier definición, por sentada la existencia de ambos oficios.

Un intelectual ha sido siempre blanco de las exigencias ideológicas, teóricas y morales de una época determinada. Todos han intentado esbozar con ideas la ruta de los acontecimientos humanos, desde el análisis crudo de sus motivaciones diversas, hasta el *desideratum* de lo que de ellas es dado esperar. Todos han sido constructores de utopías personales, más o menos acordes con la utopía concreta del momento histórico. Y en este hecho —en conciliar unas utopías con otras— han agotado la mayor parte de sus esfuerzos.

También los periodistas tienen sus utopías personales, más o menos elaboradas, frente a la ilustración, la modernidad o la postmodernidad. Son el imaginario que los anima, junto con las pulsiones naturales y la euforia comunicacional. El tiempo transcurrido en el oficio, algunos casos que resultan paradigmáticos, las condiciones personales, la formación y la propia conformación del futuro de la «sociedad de la información», nos lleva a presumir que el perfil del intelectual del futuro pasará cada día más cerca, del propio rostro del periodista, hasta que vuelvan a refundirse. Y del modo inverso: si el hombre de los WEB no tiene plena conciencia de sus capacidades, dentro de un «cuerpo virtual», sólo quien desde adentro es capaz de comprender cómo funciona la información, y como presentarla y relacionarla con las significaciones individuales, en forma de mapas, tendrá en su mano la capacidad de influir espiritualmente, en un nuevo humanismo, al hombre del futuro. De crearlo sin el abrigo de las medias verdades ideológicas, con evidente compromiso de intelectual.

